viere la procesión de el Corpus, que es donde concurren todas las andas de Mexico y Tlatelulco, verá que son tantas las unas como las otras y éstas no sé si con algún exceso más. En otros pueblos, ya que no va tanta, va poco menos gente y aparato de andas y cristos en la de la Vera Cruz, como es en Xuchimilco y Tetzcuco y otros semejantes y más gente irá en la de Tlaxcalla; a lo menos en un tiempo solían ir quince y veinte mil disciplinantes.

CAPÍTULO IX. *De una fiesta de Corpus que se celebró en la ciudad de Tlaxcalla, luego a los principios de su conversión, que es mucho de notar*

PORQUE VAMOS DANDO NOTICIA EN ESTE LIBRO de cosas particulares y ocupaciones que estas gentes nuevas han tenido y en las que se han ejercitado y ejercitan en los años que ha que se convirtieron, quiero entre las fiestas y procesiones referidas en los capítulos pasados decir una, que en la ciudad de Tlaxcalla se celebró día de el Corpus, no porque nuestros españoles y otras naciones de el cristianismo no la celebran con mucha devoción y particularidades de regocijos, sino porque se entienda la que estos nuevos en la fe tenían en aquellos tiempos; y cuan de gana abrazaron el cristianismo, pues en sus fiestas hacían las obras maravillosas que podían, la cual fiesta y procesión dejó anotada el padre fray Toribio Motolinía en un memorial que dejó escrito de mano, y fue uno de los doce primeros que vinieron a esta conversión, y a la sazón que la dicha fiesta se hizo, era guardián de el convento de aquella ciudad y, sin quitar ni poner letra, dice así:

Llegado el día de Corpus Christi, de el año de 1536, hicieron aquí los tlaxcaltecas una tan solemne fiesta que me pareció que no se debía pasar en silencio y creo que si en ella se hallaran el sumo pontífice y el emperador, y ambos con sus cortes, holgaran mucho de verla; aunque no había muchas joyas ni brocados había otros atavíos tan de ver, en especial de flores y rosas, que Dios viste y cría en los árboles y en el campo, que ni Salomón (como dice Cristo)[1] en toda su gloria y majestad vestía tan galanamente, como una de estas rosas y flores; cierto, bien había que maravillar y admirarse de una gente como ésta, tan desmedrada y desechada de los hombres, hacer tal cosa. Iban en la procesión el Santísimo Sacramento y muchas cruces y andas. Las mangas de las cruces y los atavíos de las andas eran de oro y pluma, y en ellas muchas imágenes bien labradas, de esta misma obra de oro y pluma, que en España se preciaran más que brocado. Había muchas banderas y doce hombres vestidos con las insignias de los apóstoles y de otros santos, y muchos de los que acompañaban la proce-

[1] Math. 6.

sión, con sus candelas encendidas. Todo el camino estaba cubierto de juncia, espadañas y flores, y de nuevo había quien siempre iba echando rosas y clavellinas, y siete o ocho maneras de diferencias de danzas que regocijaban mucho la procesión. Había en el camino seis capillas con sus altares y retablos bien ataviados, para descansar, donde salían de nuevo los niños cantores, cantando y bailando delante de el Santísimo Sacramento. Estaban diez arcos triunfales, muy gentilmente aderezados. Y lo más notable de ver era que tenían atajadas todas las calles por donde iba el Santísimo Sacramento y hecha la calle en tres partes, y la de en medio tenía veinte pies de ancho y por ésta iba el Santísimo Sacramento, y todo el aparato de la procesión con los cantores, andas y cruces; por las otras dos de los lados, que era cada una de quince pies, iba toda la demás gente, que en esta ciudad y provincia no hay poca. Los arcos con que estaban divididas estas calles eran de flores y ramas de árboles, y eran todos dos mil arcos, y como cosa notable se pone aquí.

Este día, más que otro, la gente de esta provincia viene con muchas rosas y piñas grandes, hechas de flores y rosas muy graciosas que se pueden presentar al emperador y gozarse su majestad de traerlas en las manos, las cuales, verlas por el artificio que son hechas es cosa maravillosa. Traen sobre el hombro izquierdo y debajo de el brazo derecho, a manera de estolas, muchos sartales de rosas y en las cabezas guirnaldas de flores, las cuales, cuando pasaba el Santísimo Sacramento, hincando las rodillas y adorándolo, las lanzaban delante las andas donde iba, haciendo alusión en esto a los veinte y cuatro ancianos, que dice San Juan en el *Apocalipsi*, que adoraban al que vivía en los siglos de los siglos, arrojando sus coronas a los pies de su señor Dios. Había obra de mil rodelas, hechas de labores de rosas, repartidas por los arcos, y en los otros que no tenían de estas rodelas, había unos florones hechos de unos como cascos de cebolla, de obra de un palmo en redondo, muy bien hechos, y tienen tan buen lustre que parecen ser labrados de una perla, y es una muy hermosa cosa, y había tantos que no se atrevía nadie a contarlos. Era muy de ver que tenían en cuatro esquinas, que se hacían en el camino, cuatro montañas y en cada una su peñol bien alto, y desde abajo estaba hecho como prado con mantas de yerba y flores, y todo lo que hay en un campo fresco estaba de monte y peñas, tan al natural como si allí fuera criado y nacido, el cual era cosa maravillosa de ver, porque había muchos géneros de árboles, unos silvestres, otros de frutas y otros de flores, y las setas y hongos y el bello que suele nacer en los árboles y peñas, hasta árboles viejos, quebrados a una parte, como monte espeso y a otra parte más ralo; y en los árboles muchas aves chicas y grandes; había halcones, cuervos, lechuzas pequeñas, de muchas maneras; y en los mismos montes mucha caza, donde había venados, liebres, conejos, adives o coyotes y muchas culebras; éstas atadas, porque las más de ellas eran de género de víboras, y alguna era de cerca de una braza y tan gordas casi como la muñeca; tómanlas los indios en la mano, como a los pájaros, porque para las bravas ponzoñosas tienen una yerba que se llama tabaco, que las adormece o entumece; las otras culebras, que

no son ponzoñosas, llaman mansas. Y digo que todas las aves grandes y chicas y caza de animales y culebras, que en los dichos montes y bosques había, estaban todos vivos y ninguno muerto. En la primera de estas montañas estaba la representación de Adán y Eva y la serpiente que los engañó. En la segunda, la tentación del Señor. En la tercera, San Gerónimo. Y en la cuarta nuestro padre San Francisco. Y para que no faltase nada para contrahacer al natural estaban en las montañas unos cazadores muy encubiertos, con sus arcos y flechas (que comúnmente los que usan este oficio son de otra lengua que se llaman otomíes, y como moran casi todos hacia los montes, viven mucho de caza) y para verlos era menester aguzar la vista; tan disimulados estaban y tan llenos de rama y de bello que fácilmente se les venía la caza hasta los pies. Estos cazadores estaban haciendo mil ademanes, antes de soltar la flecha.

Este día fue el primero que estos tlaxcaltecas sacaron el escudo de armas que el emperador les dio, cuando a este pueblo hizo ciudad, la cual merced aun no se ha hecho con otro ninguno de los indios, sino con este benemérito pueblo por lo mucho que sus moradores han ayudado y servido a su majestad, y mucho más merecen. Tenían dos banderas de esta ciudad y bandera del emperador, con sus armas imperiales en medio, levantada en una vara tan alta que yo me maravillé adonde pudieron haber palo tan grande y tan delgado; y teníanla encima de un terrado de las casas del cabildo, porque pareciesen muy más altas. Iban en la procesión capilla de muchos cantores, que a las veces se hacen de ellos tres capillas y música de flautas, que concertaban con los cantores, trompetas, atabales, campanas; y esto todo sonaba junto a la entrada de la iglesia, que parecía muy bien y daba mucha autoridad a la procesión, y devoción, que ni David, con toda su fiesta, tuvo tanta solemnidad ni tan honrada. Gran fiesta hizo el santo rey David al Arca del Testamento, cuando convocó a los principales de Israel y a cada seis pasos, hacia sacrificio de bueyes, ovejas y cabrones;[2] pero mayor fiesta nos hizo a nosotros Jesucristo, cuando en memoria del sacrificio de su pasión, quiso venir con nosotros en procesión, y quiso ser adorado y acompañado de estas gentes nuevamente venidas a la fe y con tanta devoción y señales de fe grande, multiplicar su santa iglesia y ofrecerlas al padre como primicias, en aceptable sacrificio. Honraba David y todo el pueblo de Israel al Arca del Señor; mas a nosotros y a estos que ayer eran gentiles idólatras, y sin conocimiento alguno de su majestad, da gran honra y jubilación, y por consiguiente a toda su universal iglesia regocija con ver tal fruto de cristiandad como éstos muestran en este día de nuestro salvador. Iban con David siete coros cantando en diversos géneros musicales; mas aquí en estas tierras de gentiles, que pocos días ha que lo eran, no solamente siete coros, pero sobre ochenta mil ánimas adoraban a Cristo, hijo de Dios vivo, en aquel altíssimo sacramento, metidas ya e incorporadas en la santa iglesia, con músicas acordadas y bailes graciosos de los niños inocentes, con diversos géneros de espíritus muy devotos que

[2] 1. Paral. 15.

en aquesta fiesta iban dando alabanzas a su criador y saltando con gran júbilo, de lo cual la verdadera esposa del verdadero David Cristo (que es la santa madre iglesia) no como Micol menosprecia, sino de ver tanta mies, se regocija ya en sus trojes, alaba y engrandece tales maravillas y grandezas de la omnipotente mano de Dios.

Éstas son palabras formales de aquel apostólico varón, que pienso que cuando las estaba escribiendo se encendía a cada renglón más, con ganas de dar a Dios mayores alabanzas, viendo que era uno de aquellos primeros ministros que llegaron a esta ciudad, a tiempo que no había uno que conociese a Dios, sino que todos adoraban al demonio; y que ahora veía tantos, por su predicación y por la de sus compañeros convertidos y hechos verdaderos adoradores, no en el monte, como los samaritanos decían, ni en el templo, como los judíos, sino en espíritu y verdad, como dijo Cristo a la Samaritana, que habían de adorar los verdaderos adoradores en su venida y conocimiento.[3] Y si en las entradas de los reyes en algunas ciudades se dice todo, desmenuzando el recibimiento que se les hace muy por menudo, y si se apeó o si quitó la gorra, ¿qué mucho que en este que se le hizo al rey del cielo en esta ciudad de Tlaxcalla, lo haya contado este santo religioso tan por entero? ¿Ni por qué he de ser yo culpado en referirlo, pues es caso digno de ser sabido? Para que en él sea Dios alabado y nosotros tengamos materia de pensar, que Dios entró de veras en estas almas indianas y las llamó con voz eficaz de verdadera conversión y conocimiento.

CAPÍTULO X. *De algunas condiciones naturales que tienen los indios para ayuda de su cristiandad, y cómo de su parte se pueden salvar si son ayudados*

UÉDESE AFIRMAR POR VERDAD INFALIBLE que en el mundo no se ha descubierto nación o generación de gente más dispuesta y aparejada para salvar sus ánimas (siendo ayudados para ello) que los indios de esta Nueva España. De los del Perú y otros no hablo, porque no los he visto; mas de éstos puédolo decir, pues los he confesado, predicado y tratado más de veinte y dos años. Y porque esta verdad parezca más clara, diré las condiciones y cualidades naturales que en ellos conocemos, muy favorables para hacer vida cristiana y para agradar a Dios, y por consiguiente para alcanzar la gloria del cielo. La primera condición de los indios es ser pacífica y mansa, que ambas a dos cosas pone el redemptor del mundo entre las ocho bienaventuranzas,[1] diciendo: Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra; es a saber, de los vivientes. Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios; y tanto que tratando de esta materia refiere cierto venerable obispo de estas Indias, en unos sus

[3] Ioan. 4, 23.
[1] Math. 5.